

1925
Junio.

SERVICIO DE PUBLICACIONES AGRÍCOLAS
Estas «Hojas» se remiten gratis a quien las pide.

Año XIX.
Número 11.



MINISTERIO
DE FOMENTO

Hojas divulgadoras

DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA Y MONTES

Las tres formas de poblar un gallinero.

Vamos a tratar de la manera de poblar el gallinero, punto que el aficionado y cuantos quieren dedicarse a la Avicultura tienen como cosa esencial.

En efecto, las cosas hay que empezarlas bien para que den buenos efectos.

El que quiere poblar su gallinero ha de recurrir a uno de los tres medios siguientes:

1.º Comprar un buen lote o grupo de aves reproductoras, es decir, un gallo y cinco o seis gallinas, con el objeto de aprovechar todos los huevos que den para incubarlos, y así se puede ir formando el gallinero.

2.º El segundo procedimiento es el de comprar huevos para incubar en una casa de confianza, bien sea empleando gallinas o pavas cluecas, bien poniendo en marcha una pequeña incubadora artificial, sacar polluelos y criarlos hasta que estén en condiciones de dar huevos.

3.º El tercero y último procedimiento está en la compra de polluelos recién nacidos, o bien ya algún tanto criados, con lo cual uno se ahorra el trabajo y los cuidados de la incubación,

Analícemos ahora cada uno de estos tres medios de poblar el gallinero, y veamos cuál o cuáles son los más recomendables.

Cuando uno no quiere parar mientes en la calidad de las gallinas, es decir, cuando tanto le importe que sean gallinas de raza como aves corrientes en el país, comprar un gallo y cuatro o cinco gallinas de raza común, cuesta muy poco, y claro está que con pocas pesetas se tiene el gallinero poblado repentinamente.

Cuando se quieren aves de tal o de cual raza, o se apetecen gallinas de esas ya seleccionadas para la puesta, gallinas de crías que den de 130 huevos para arriba en un año, ya eso es harina de otro costal, pues valen todo el dinero que su calidad representa, y como ese es ganado que hoy está muy caro, ya hay que gastar más; pero,

con todo y esto, el que compra cosa buena, sale beneficiado, porque con los huevos que cosecha en la propia casa, puede sacar pronto excelentes crías.

La compra de huevos para incubar tiene muchos riesgos: de suerte que, si no proceden de una granja de absoluta confianza, el que los compra se expone a mucho. Es verdad que aun pagándose esos huevos a 1 peseta pieza, cuando son de raza determinada, con 50 pesetas gastadas en 50 huevos, e incubados éstos en maquinita o con cluecas, al final de la temporada, y yendo muy mal las cosas, puede uno encontrarse con 15, 20 ó 25 aves en condiciones de darles satisfacción o producto. De haberse comprado tales aves ya adultas, hubieran costado mucho más que el valor de los huevos y la manutención de las crías durante los seis o siete meses que tardan en dar huevos; pero también es verdad que por riesgos de la incubación, por lo que se perjudican los huevos en largo viaje o por otras causas, todo puede malograrse: de suerte que, aun siendo el procedimiento más barato para poblar el gallinero, no es cosa la más recomendable.

El tercer procedimiento, o sea la compra de polluelos recién nacidos, es el que, por lo visto, más se ha ido generalizando entre los aficionados y los mismos avicultores de este y de casi todos los países, y el sistema no es malo, pero exige que se tenga todo muy a propósito para la cría de los pequeñuelos. Me refiero a tenerles gallinas o pavas que cuiden de ellos, o a la necesidad de disponer de algún local caliente o de una criadora artificial, lo cual no se tiene siempre.

Esos polluelos los producen muchas personas que se dedican a esa industria, y Barcelona y sus cercanías es precisamente una de las comarcas de Europa donde la fabricación de polluelos ha tomado mayor arraigo.

Esa industria nació en España, hará ya como unos veinticinco o treinta años, y hoy puede asegurarse que trabajan en esta comarca más de 800 incubadoras artificiales, que producen anualmente más de un millón y medio de polluelos. Las hay desde la pequeña cabida de 50 ó 60 huevos hasta esas grandiosas incubadoras norteamericanas donde se incuban a la vez hasta 8.000 huevos, pero las más corrientes, aquí, son las que incuban de 100 a 300 huevos.

Quando el polluelo sale del cascarón, no ha de comer hasta que lleva ya de treinta y seis a cuarenta y ocho horas en el mundo, y en ese período es cuando se vende y se transporta fácilmente de un punto otro. Desde Barcelona y sus cercanías se envían, todas las semanas, muchos polluelos a provincias, hasta a las más apartadas de Andalucía, y llegan perfectamente.

Resuelto el problema de ese transporte en los trenes correos, y en los lugares cercanos por medio de los recaderos u *ordinarios* de los pueblos, no hay duda de que resulta barato comprar unas cuantas docenas de polluelos y criarlos en propia casa, pero claro está que a condición de que uno sea ya un poco experto en la materia.

Si los polluelos se adquieren ya avivados, se reducen los riesgos y se asegura más la cosa, pero hay que considerar que cada día y cada semana que pasa, el polluelo va teniendo más valor, y si uno es pera a comprar polluelos de tres meses, ha de gastar más dinero, aunque asegure más la conservación del género adquirido.

He aquí, pues, los tres medios de haceros con gallinas. Ahora, cada uno ha de considerar cuál es el que más le conviene, según los elementos con que cuente.

Incubación natural.

Lo que debe hacerse para que la incubación por cluecas resulte productiva,

por RAMÓN J. CRESPO (1).

Por incubar se entiende el acto de mantener, en apropiadas condiciones de temperatura, los huevos fecundados de las aves, que al cabo de un período, fijo para cada familia, dan lugar al nacimiento de nuevos seres. Cuando la incubación la realizan las hembras de las distintas familias o grupos, se denomina incubación natural, y no es otra cosa que el complemento del instinto genésico, y, por tanto, la iniciación y el desarrollo del instinto de maternidad. En algunas familias de aves caseras, como palomas y tórtolas, por ejemplo, que incuban alternativamente, se suceden en la estática tarea de permanecer sobre los huevos que reposan en el nido, comunicándoles su propio calor, el macho y la hembra. Las gallinas, pavas, guineas, patas, ocas y faisanas no cuentan con la cooperación del macho, y, por tanto, son las hembras las que han de realizar la incubación.

No todas las especies de aves necesitan el mismo período de tiempo para que su incubación llegue a feliz término: los pollos de gallina nacen de los veinte a los veintiún días; los de pava real y pava común, de los veintiocho a los treinta; los de pata, de los veintisiete a los veintiocho; los de faisana, de los veintidós a los veinticuatro; los de pintada o gallina de Guinea, de los veintiséis a los veintiocho, y los de oca, de los treinta a los treinta y dos.

Para que la incubación pueda efectuarse, es indispensable que la hembra a cuyo cargo corra se encuentre sumida en un estado especial que no podemos obtener a voluntad, porque depende de la paralización de un acto fisiológico: la postura.

Refiriéndonos a la gallina, que es el ave doméstica que más nos interesa, todo el que haya pasado una temporada en el campo habrá

(1) Conferencia transmitida por radiotelefonía.

tenido ocasión de enterarse de que, cuando deja de dar huevos, apenas sale de su habitual ponedero, aunque sus compañeras de gallinero intenten obligarla para que las deje el sitio libre. Si al fin se decide, acuciada quizá por el hambre, y la observáis, veréis que presenta un aspecto muy diferente al de las otras gallinas, muy característico: anda pausadamente; ha perdido la vivacidad de sus movimientos; lleva todo su plumaje erizado, despegado del cuerpo; su voz adquiere un tono monótono y profundo; lleva el cuello inclinado hacia el suelo y deja caer las alas; muestra fervientes deseos de incubar, y huye del barullo del gallinero para esconderse otra vez. Entonces, la gallina está clueca, y es preciso optar por uno de estos dos partidos: o alojarla en condiciones especiales para que, olvidando su monomanía incubatoria, reanude en el más breve plazo posible su postura, comenzando a darnos producto otra vez, o utilizar ese especialísimo estado para disponer la incubación. A fin de que ésta llegue a feliz término, sea por cluecas o por incubadora, necesitamos imprescindiblemente reunir los requisitos siguientes:

Que los huevos sean fértiles, lo que quiere decir que procedan de gallinas en cuya compañía viva un gallo cariñoso, activo y con el vigor necesario para transmitir vigor y energías a su prole;

Que los huevos sean recientes, es decir, que no lleven más de diez días de puestos;

Que la gallina esté libre de parásitos;

Que se le confíen huevos en número proporcional a su tamaño.

Vamos a explicar cada una de estas condiciones.

Fertilidad de los huevos. -Para conseguirla, es preciso que el gallo no tenga ni excesiva edad ni extremada juventud. Un gallo de los tipos corriente del país y de las razas precoces está en disposición de fecundar a los cinco meses; pero no es conveniente emplearle tan pronto, porque como aun no ha llegado a su completo desarrollo, su crecimiento se retrasa, y los gérmenes resultantes de su fecundación son raquíticos y con marcada propensión a degenerar. De los diez meses en adelante, ya se puede juntar al gallo con sus compañeras, no dándole mayor número de ocho, para tener una relativa seguridad de que cumpla con todas ellas sin agotar sus fuerzas ni debilitarse. Desde la edad citada hasta los tres años, salvo raras excepciones, son aprovechables los gallos reproductores. Los de razas pesadas, menos precoces y más tardíos, sirven desde el año, y se les debe acompañar de cuatro o seis gallinas solamente.

La alimentación y la higiene influyen poderosamente en el resultado de la fecundación. No hay que alimentar a las aves reproductoras demasiado pródigamente, sino repartirles amasijo y grano con mesura, en proporción de 40 a 60 gramos diarios por cabeza en cada pienso, según tamaño. El maíz solo no es recomendable, porque engordan demasiado las aves que lo comen a todo pasto: una mezcla de trigo, avena, cebada y centeno, por partes iguales, es la mejor ración para los reproductores y para las ponedoras. Los huevos frescos molidos ejercen una influencia atenuadora del instinto sexual,

anafrodisiaca, tanto en los gallos como en las gallinas; por lo tanto, no emplearemos este alimento tan rico en fosfatos más que en las polladas, y para favorecer su crecimiento. Por las mañanas, lo más temprano posible, debe darse un amasijo blando, hecho con salvado fino, harina de cebada y harina de pescado, en proporción ésta de 10 gramos por ave. Las verduras son imprescindibles, y entre todas ellas, la que con más gusto comen las gallinas es la lechuga. En el gallinero, sobre todo en la parte donde pasan la noche, no debe haber la menor corriente de aire, pero sí toda la ventilación posible.

Los huevos para incubar han de ser frescos, recientes.—Cuando se hayan guardado en un sitio exento de gran ventilación y en posición vertical, pueden servir, aun cuando lleven doce o trece días de puestas en invierno y primavera, y ocho o diez a principios del verano, pues más avanzada la estación calurosa, no es recomendable la incubación. Pero como lo frecuente es que se guarden en cestitos, cajas y hasta platos, unos sobre otros, en posición horizontal u oblicua, recomiendo que no se pongan a la clueca más que los de ocho días a lo sumo. Cuanto más fresco es el huevo, más lozano nace el pollo.

Si los huevos han viajado, es necesario dejar que reposen durante veinticuatro horas antes de confiarlos a la clueca, y mejor que esto será siempre evitar la incubación de huevos que hayan viajado, pues, salvo rarísimos casos, no suelen dar buen resultado.

La clueca ha de estar libre de parásitos.—Son muchos los enemigos parasitarios de las aves domésticas, verdaderos vampiros que chupan su sangre, y que se reproducen con enorme rapidez. Cuando la clueca comienza a incubar, si no se tiene la precaución de limpiarla debidamente, sus enemigos, favorecidos por la inmovilidad y por la temperatura, se multiplicarán en proporciones tan enormes y tan temibles, que aniquilarán a la pobre víctima, cuyo rojo color de cresta y barbillas se tornará amarillo pálido, quedará demacradísima, e infectando la paja del nido, los huevos se recubren de una espesa capa de parásitos..... ¡Desoladora escena! Fácilmente se puede evitar, empleando un sencillo procedimiento, que alejará el peligro de que se pierda la incubación, ya sea porque la clueca, no siendo capaz de resistir martirio tan prolongado, abandone el nidal, o porque, a fuerza de resistirlo, quede exánime sobre los huevos que tan amorosamente cobijaba.

El procedimiento a que aludo consiste en espolvorear la clueca con un insecticida enérgico, pero no irritante: el mejor producto es el fluoruro de sodio, y tras éste sigue en eficacia el polvo de pelitre. A falta de ambos, puede prepararse un buen insecticida con las bolas de naftalina que se emplean para evitar el apollillamiento de las ropas. Se trituran estas bolitas hasta convertirlas en un polvo fino, que se esparce por entre el plumaje de la clueca, especialmente por entre las plumas del cuello, las de la parte interna de las alas y la parte baja de la cola, que son las regiones con más saña invadidas por la temible plaga de parásitos. Esto hecho, escogidos los huevos, a punto el cajón, la paja limpia y señalado el lugar en que la gallina

haya de tener su nido, procederemos a la echadura, sin mirar el calendario para ver si la luna crece o mengua, sin contar pares o noes y sin pensar en el grano de pimienta o el trago de vino que daremos a los pollitos cuando nazcan.



La relación entre la muda y la producción de huevos.

La renovación del plumaje viejo y gastado se verifica normalmente a fines de verano o principios de otoño, y, aunque la muda es una función natural propia de esta época del año, resulta un serio inconveniente para el avicultor, pues se traduce en un alto en la producción de huevos, precisamente en el momento en que su precio es más elevado.

Mientras los pollos van criándose, cambian la pluma diferentes veces, pero tan gradualmente, que es muy difícil determinar el número exacto de mudas. En la Universidad de Cornell se señalaron las plumas por medio de un tinte cualquiera, y así pudo observarse que, entre la cuarta o quinta semana y la trece, se produjeron tres capas completas de pluma nueva. Esta serie de mudas se corresponden con exactitud perfecta con las de las aves silvestres jóvenes. Pasada la semana trece, no volvió a observarse cambio alguno hasta que las aves llegaron a su madurez, momento en el que experimentaron un cambio total, tomando el plumaje definitivo. Tanto en estas mudas primeras como en las posteriores anuales, el orden como las plumas se cambian es prácticamente el mismo: las más viejas siempre las primeras.

Cómo se desarrolla la muda.— El orden en el que se renueva la pluma de las diferentes secciones de una gallina es el siguiente: primero, las del cuello, y después, las del cuerpo, cola y alas. Si la muda comienza pronto, se necesitan tres meses para que se realice por completo; si es tardía, parece verificarse el cambio de manera más rápida, y algunas veces no es completo, conservándose algunas plumas viejas. En una muda lenta van cayendo las plumas poco a poco, y el cambio casi no se nota. El cuello comienza a mudar muy pronto, algunas veces en el mes de mayo, y hasta suelen encontrarse cañones en esta sección, cuatro o seis semanas antes de que comiencen a desprenderse las plumas del cuerpo.

La marcada irregularidad como la muda se verifica en distintos individuos sugiere la posibilidad de establecer variaciones más amplias en sus fechas. Así, en cualquier parva grande, pueden verse algunas gallinas que comienzan a mudar en julio, mientras que otras conservan su viejo plumaje hasta bien entrado el invierno, y aun puede darse el caso de que alguna gallina pase completa esta esta-

ción sin dejar caer ni una sola pluma. Es también cosa sabida que la muda puede adelantarse o retrasarse hasta un punto determinado, y existen avicultores prácticos que creen y esperan que puedan llegar a constituirse estirpes de gallinas en las que la muda se desarrollará tan gradualmente en un gran período de tiempo que casi podrá decirse que no tendrá efecto directo apreciable en la producción.

Hay muchas variantes en la forma como la muda de las aves adultas se desarrolla. En algunos casos, las gallinas pierden casi todas sus plumas al mismo tiempo, mientras que otras mudan lentamente, sección por sección. El Dr. B. F. Kaupp, de la Estación Experimental de la Carolina del Norte, dice que las regiones del cuerpo mudan la pluma unas después de otras, y que no comienza la de una hasta que no se cubre la región desnuda.

La estación y el clima tienen probablemente alguna influencia sobre la fecha y la duración de la muda; pero es este asunto sobre el que tenemos pocos datos definitivos. Aparentemente, las gallinas que mudan en verano necesitan considerablemente más tiempo para realizarlo que las que lo hacen en tiempo frío. En la formación de una pluma nueva se emplean, aproximadamente, seis semanas; pero el tiempo requerido para el cambio completo del plumaje podrá modificarse por la rapidez con que se desprendan las plumas viejas, y también es muy posible que por la diferencia en el tiempo que emplean las nuevas para desarrollarse. En la Universidad de Cornell tuvieron en observación diversas parvas, resultando que el término medio del tiempo necesitado para la muda fué de noventa y cinco días, o sea poco más de tres meses.

Efectos de la muda sobre la producción.—El principal interés que la muda tiene para el avicultor es en lo que se refiere a sus efectos sobre la producción. Es creencia general que la cesación casi completa de la producción en otoño, observada en los rebaños que tienen un año o más, se debe a la llegada de la muda. Contrastando con esto, algunos investigadores son de opinión de que la producción de huevos gobierna la muda, más bien que no la muda a la producción de huevos, lo que, dicho en otras palabras, quiere decir que, en tanto que las gallinas continúen poniendo huevos, no comenzarán a mudar, pero que una interrupción en la producción, casi en cualquier momento, siempre que ocurra después de julio, puede determinar el comienzo de la muda. Como aplicación de este principio se dió gran publicidad a un sistema para adelantar la muda, sugerido como medio por el que el avicultor conseguiría que sus gallinas pasasen la muda y volviesen a poner en otoño, después de lo que se esperaba que continuasen poniendo en invierno.

Utilizando el hecho, ya observado, de que una detención en la producción de huevos puede preceder a la muda, los que quieren provocar una muda forzada recurren sencillamente a rebajar la ración de las gallinas, consiguiendo detener así la producción de huevos. Para ello, ha sido necesario muchas veces reducir la ración a un tercio, o algo menos, de la cantidad que normalmente consumen las gallinas,

y continuar este racionamiento rebajado durante dos y hasta durante cuatro semanas. Tan pronto como cesa la producción y comienzan a caer libremente las plumas, se aumenta otra vez el alimento, llegando gradualmente hasta lo que se llama una buena ración de puesta. En general, se eligen los meses de julio y agosto para intentar esta operación de modo que la muda pueda completarse y reanudarse la producción al principio del otoño. Como se ve, no existe dificultad seria que impida provocar una muda precoz por ese sistema, aunque algunas veces sólo sea parcial, finalizándose al terminar el otoño. La muda forzada tiene ahora escasos defensores, no porque no sea cosa relativamente sencilla provocarla casi a voluntad en cualquier momento después del 1.º de julio, sino porque no hay ventaja práctica alguna en ello, ya que las esperanzas que en ella se fundaron en cuanto a la producción de otoño e invierno por rara casualidad se ven por completo realizadas.

Lo que en realidad ocurre cuando se intenta forzar la muda es que se pierden los huevos que las gallinas naturalmente pondrían durante los últimos meses del verano y primeros de otoño, sin que esta pérdida se vea compensada con la producción invernal. Por ejemplo: en un experimento, un lote de 27 gallinas que había puesto 321 huevos hasta agosto, fué dividido en 1.º de septiembre, sometiéndose a 13 de ellas a la muda forzada, mientras que el resto continuó con el régimen ordinario. Durante el mes de septiembre, la puesta del lote que se sometió a la muda forzada alcanzó a 26 huevos, mientras que el otro puso 47, siendo en octubre la producción de 3 y de 128, respectivamente. No se observó diferencia notable en la producción de invierno de ambos lotes, de manera que la adopción del método de la muda anticipada supuso sencillamente una pérdida de 250 huevos en la producción total.

Gallinas de muda temprana y de muda tardía como ponedoras de invierno.—Es opinión generalmente admitida que las gallinas que mudan tardíamente son las mejores ponedoras de la parva, y, por regla general, son también las que más ponen en el invierno siguiente, a pesar de estar mudando hasta época muy adelantada. No pueden fijarse en forma definitiva fechas que sirvan para apreciar cuándo es pronto y cuándo es tarde para la muda, es decir, cuándo puede considerarse como buena y cuándo como mala ponedora una gallina.

Como extremas, julio y agosto son ciertamente fechas tempranas, y diciembre, sin disputa, tardía; pero al estudiar las gallinas que mudan a mitad de temporada, es necesario valerse de otros medios de prueba para jugarlas.

Referente a esto, debe recordarse que, aunque las que mudan tardíamente puede decirse casi con certeza que han de ser las mejores ponedoras durante el año siguiente, las que lo hacen a mitad de temporada, es decir, las que paran de poner y mudan antes de otoño, son muchas veces las mejores ponedoras de invierno.